

LOS CRISTIANOS Y EL CAMBIO SOCIAL

EDITORIAL

Hay juegos que sancionan la retención de la pelota. El tiempo es para aventurar el resultado incierto, no para conformarse con el empate inicial. Quedarse, detenerse es entregarse. Es obrar como aquel señor del Evangelio a quien Cristo recrimina haber enterrado su denario, o como aquel ajedrecista que se creyó invencible porque jamás movió una pieza de su tablero. Y en su tosca terquedad impidió el juego. Es decir, el paso de la Historia.

Los castillos fueron muros de contención. Estorbaban las correrías del enemigo invasor. Pero la "Muralla China" aisló a este país del resto del mundo durante veintitrés siglos. La defensa, mediante el recurso de una retención, ha sido empleada frecuentemente por los cristianos. A corto plazo se consiguen los resultados que se pretenden. Además es muy fácil la táctica: "la muralla china". "No" a la renovación; "No" al compromiso con los pobres; "No" al diálogo con el contrario; "No" al socialismo; "No"... La cultura del "NO" pronunciado con tono épico. Es el espíritu de negación santificado como garantía de seguridad. El razonamiento es muy escolástico: la permanencia de lo esencial en las Instituciones está en función de la inmovilidad de lo existencial. ¡Pequeñas obsesiones de la historia que paralizan los pies de las reformas oportunas...!

CAMBIAR ES CREER EN EL FUTURO DEL MUNDO

El concilio Vaticano II se clausuró con el documento sobre la Iglesia en el mundo actual. Se habló de reconciliación, de inserción, diálogo y levadura. ¡No más "fuga mundi"! ¡Casi un idilio! Hoy, sin embargo, se ha marchitado el optimismo. El encanto se ha desinflado apenas nos hemos percatado los cristianos del contexto explosivo que implica la apertura. Porque al descubrir que tenemos que ser "pueblo de Dios" nos falta coraje para aceptar la conversión, es decir, no sólo la acción de caridad sino el compromiso de liberación del pobre, nuestro hermano en el pueblo de Dios.

Pero ¿qué sucederá a los Obispos, Sacerdotes y a los Cristianos que sencillamente desean llevar la apertura al pobre hasta los últimos peldaños? Es evidente que nacerá en ellos una tensión entre la fidelidad a una vida tradicional y la fe que les

espolea al cambio. He aquí, pues, cómo la apertura al mundo y a los hombres, que prometía ser un signo y llamada a la reconciliación y unidad, se convierte en declaración de guerra. Y se da, además, a quienes no desean cambiar, una piedra para acusar a estos Obispos, Sacerdotes y Cristianos, de atentar contra la unidad del pueblo de Dios.

Pero ¿se puede reducir la unidad de la Iglesia a una relación formalista de sumisión institucional a una disciplina común? Porque la fe no es una adhesión a un código, a unos intereses socio-político-económicos sino al Evangelio, en definitiva a la Iglesia hecha comunidad. Ahora bien, si el mundo está de hecho dividido y fracturado, también sufrirá esta enfermedad la Iglesia. Y los dos caminos de unidad (en la fe y en la sociedad) se juntan en la liberación de los pobres de pan y de palabra; de vivienda y de apelación.

CAMBIAR ES ACTUALIZAR LA ESPERANZA

Por otra parte hay en los documentos conciliares un aspecto subrayable: es el respeto al pueblo cristiano. No hay en la Iglesia ningún cargo que no tenga su razón de ser en el servicio al "pueblo de Dios", ni puede concebirse una autoridad que no sea ministerio para y con su pueblo. ¿No es, además, verdad, que todos los Mandamientos se reducen al amor a Dios en el prójimo? ¿Y cómo se le puede amar si nos obstinamos en mantenernos divididos por una barrera económica, causa de las otras posibles fisuras? Y si todo

esto es cierto porque unos oprimen y otros soportan el dolor y no se puede suturar la división por la vía de la paciencia y de las palabras ¿con qué parte del pueblo de Dios nos alistaremos los Cristianos? ¿Cómo podremos congregarnos en torno a la Eucaristía quienes rebotamos de pan y de poder, de razón y decisiones y aquellos que sufren hambre, inhabilitación, y condena? (1 Cor. 11) ¿No habrá que ponerse de parte del pobre, del menospreciado, del segregado hasta que la conversión, la humildad y la justicia del hermano rico y poderoso faciliten la reconciliación?

Y es evidente que hoy, nuestro pueblo es mayoritariamente pobre, sociológica, económica y religiosamente. Por este sector debemos optar los cristianos. Y esto no es división sino permanencia en la fe. Y aunque, dentro de su paciencia y de su religiosidad, viva el pobre la esperanza de lo eterno, no estamos por eso eximidos de mejorar su convivencia en la tierra. La esperanza, si es verdadera y viva, no puede ser nunca adormecedora. Sólo en la medida en que la esperanza se haga lucha realizadora, dejará de ser virtud utópica y aletargante.

EL DOLOR DEL CAMBIO DE PIEL

No faltarán dedos del "otro lado" que acusarán a estos cristianos de meterse en política o en parcelas que no son de su incumbencia. Siempre que un Prelado o un Sacerdote responsables con su grey traducen el Evangelio a exigencias sociales, se levantan "cristianos y adictos honorables" que lamentan la inoportunidad de sus declaraciones. ¡Una trampa! La renovación exige un cambio de piel. Y duele. A veces hay que dejar amistades y oír críticas fraudulentas. Pero sería triste quedarse, no avanzar porque el paso adelante no está seguro y hay riesgos e incertidumbres.

Un cambio de estilo y opción es necesario. A todos. Una óptica distinta para mirar el futuro. Nunca el pasado debe matar el porvenir. Hay que prepararlo, anticiparse a él. Los Cristianos no podemos llamarnos "Iglesia de los pobres" pero contribuir luego a mantener lo que existe y como existe, como si aceptáramos remolonamente una Iglesia de los pobres sólo en la medida en que esto no nos obliga a cambiar, denunciar tropelías y trabajar políticamente para el advenimiento de un mundo más equitativo.

CAMBIAR NO ES EXCLUIR SINO UNIR

Siempre hay tiempo para la conversión. Tal vez un sano discernimiento nos empujará a la búsqueda e instauración de nuevas actitudes cuyas decisiones sean consultadas y dialogadas. A veces la soledad, el aislamiento o la univocidad de los consultores nos impiden percatarnos de que la barca "hace agua" y naufraga. No ver los signos de los tiempos para no afrontarlos: pensar que lo mejor es que no pase nada, que no hay que renovar sino sencillamente excluir a los descontentos, que la fe se puede vivir sin exégesis, es caminar desfasado, envejecer, ir a la zaga y a remolque de los acontecimientos, estar ciego al galope de las reformas. Carecer de ojo avizor y don de profecía. En definitiva, desentonar.

Porque, pensemos, que el único sentido veraz de la esperanza para los pobres, es que la esperanza deje de ser virtud y se vaya haciendo, día a día, realidad. Retener el tiempo es pecado, incluso en el deporte. No mover las posiciones de mi tablero de ajedrez para evitar el "jaque-mate", o porque no tengo juventud para aceptar el reto del cambio, es ser barrote del tiempo y de la historia. Y encerrarse en el caparazón del poder, del mando y de la autoridad es delimitar un campo de batalla y sembrar minas en él. Las revoluciones y las reacciones violentas son el exabrupto contenido de un frenazo constante a la evolución y al discernimiento. Las protestas tienen su raíz en la negación terca del cambio.

Por el contrario, la renovación brota del epicentro de un corazón abierto, espoleado más por la caridad, la esperanza y la profecía que por la sumisión a una vida tradicional, opulenta, escarchada y conservadora. ¿Tienen algo que ver con todo esto la "muralla china", jugar al empate, el ajedrez, y las desdichadas expulsiones de la UCAB?

Jugando a la defensiva quizá lleguemos a unas mediocres "tablas". Nunca a la victoria. Por eso quien no arriesga nunca ganará al ajedrez.